

Pedro Jaramillo (texto)
Javier Prat (Dibujo)

ESPIRITUALIDAD DEL DISCÍPULO MISIONERO

**100 pistas
del camino de Aparecida**

2ª edición aumentada

Desclée De Brouwer

ÍNDICE

Prólogo	9
Presentación	13
Llamados	17
Enviados	33
Unidos.	49
Confiados.	65
Formados.	81
Inmersos	97
Testigos	113
Hermanos	129
Alegres	145
Misioneros	161

PRÓLOGO

El P. Pedro Jaramillo Rivas, testigo, gran amigo, excelente pastoralista y profundo conocedor de nuestra realidad latinoamericana (y, ahora, encarnado en ella desde su trabajo pastoral en las periferias de la ciudad de Guatemala), nos ofrece a laicos y pastores un instrumento sencillo de espiritualidad. Contiene oportunas reflexiones personales sobre el perfil espiritual del discípulo misionero en las nuevas circunstancias latinoamericanas y caribeñas, referidas siempre al Documento de Aparecida. Su deseo es ayudar al trabajo pastoral de los próximos años, avivando la espiritualidad del discípulo misionero.

El autor recoge, y lo aplica a la vida, el eco del grito lanzado por la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Aparecida, Brasil, ante el aumento de desigualdades sociales, económicas, de conocimiento y de acceso a las nuevas tecnologías que producen la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, acentuando más la discriminación y la marginación que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a multitud de personas. Es hermoso ver cómo esta mirada a la realidad de nuestra propia tierra forma parte de la forja espiritual del discípulo misionero.

Estas desigualdades que ‘claman al cielo’ están, en efecto, muy presentes en el perfil espiritual del discípulo misionero que estas pistas dibujan. El desarrollo de la “dimensión misionera” de la vida en Cristo nos hace ver que “la Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del continente. [...]. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza». ¡Cuánto hay contenido en el título de estas reflexiones: «Espiritualidad del discípulo misionero»!

En efecto, todos los miembros de la comunidad cristiana somos responsables de la evangelización de los hombres y las mujeres en cada ambiente. Jesucristo envía el Espíritu Santo a todos los que creen en Él para que sean testigos suyos ‘hasta los confines del mundo’. Guiados por el Espíritu, la comunidad cristiana y cada discípulo se comprometen a hacer presente a

Jesucristo y a ofrecer su mensaje de esperanza a un mundo atribulado que ha ido construyendo una civilización donde las sociedades soslayan o han dejado a Dios al margen y, como nos dijo Benedicto XVI «un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza» (cf. *Ef 2,12, Spe salvi 44*).

De ahí el interés del P. Pedro Jaramillo en ofrecer estas pistas a los discípulos misioneros en Latinoamérica, para facilitarles repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión. «Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu» (Dap. 11). Pues, como dice el texto conclusivo: “nuestra mayor amenaza ‘es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad’. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que ‘no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’” (Dap. 12).

Es decir, el cristiano no es el que simplemente dice creer en Dios, pues como dice Santiago: “¿Tú crees que existe un solo Dios? Haces bien; pero también los demonios creen y se estremecen” (2,19), sino que es cristiano el que sigue a Jesús después de haber experimentado un encuentro personal con Él.

La profunda sencillez de este pequeño libro orientará a todo aquel que quiera ser testigo y que busque vivir su identidad cristiana y su misión en el mundo como comunidad: hacer de la Iglesia ‘el mesón’ donde se acoge a todos y se cura a los heridos que se encuentran a la vera del camino.

Las reflexiones y pistas del P. Pedro Jaramillo nos ayudan, con su estilo sencillo y directo, a comprender lo que significa ‘tener fe’ y a despertar el deseo de transmitirla. Nos motivan a beber de la fuente de la vida, que es Jesucristo, a fin de ponernos en el camino que nos lleva a ser testigos del amor de Dios.

Para dar un eficaz testimonio, los discípulos misioneros necesitamos recordar que el campo específico de la actividad evangelizadora laical es el complejo mundo del trabajo, la cultura, las ciencias y las artes, la política, los medios de comunicación y la economía, así como los ámbitos de la familia, la educación, la vida profesional. Pero esta inmersión sólo tendrá fuerza si está acompañada de una profunda experiencia de fe y del anuncio de Jesucristo. En este sentido, América Latina necesita hoy más que nunca laicos bien formados, que sepan dar razón de su esperanza y sean capaces de dialogar con el mundo que vivimos, desde su profunda y humilde identidad cristiana.

Uno de los más grandes aportes de este material es la claridad con la que se abordan las grandes preocupaciones de los creyentes: ¿cómo podemos vivir nuestra fe en el día a día?, ¿en el trato con la gente?, ¿qué significa ser discípulo misionero y cómo puedo llegar a serlo?... Lo que el P. Pedro pone en tus manos no es un “tratado”, ni una investigación... Son “provocaciones” directas ante las cuales no quedarás indiferente.

Las cien pistas que nos ofrece recuerdan lo que dijera Juan Pablo II: «La Iglesia es consciente de que su mensaje se hará creíble por el testimonio de las obras antes que por su coherencia y lógica interna» (Centesimus Annus, 57). Con sencillos comentarios, con referencias al documento de Aparecida, con sugerencias para la reflexión y con motivaciones a la oración, estas pistas constituyen un oportuno itinerario que nos ayuda a hacer creíble nuestra fe. Será, sin duda, de gran ayuda para perseverar con pasión y audacia en la tarea de ‘remar mar adentro’ y de dejarse guiar por el Espíritu de Dios en la andadura del discipulado y la misión.

Se trata, en suma, de una herramienta sencilla, que todos podrán entender, y que ayudará, sobre todo a los agentes de pastoral de nuestras comunidades, a vivir el perfil espiritual del discípulo misionero que se deriva de Aparecida. En el documento conclusivo, nos exhorta: «No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartirles el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza!» (DAp. 548).

Gracias, Pedro, por haber querido compartir con nosotros estas reflexiones, maduradas y expresadas desde tu corazón de pastor durante los años de tu ministerio, y, ahora, iluminadas desde el rico patrimonio espiritual del documento de Aparecida. Quienes tuvimos la suerte de ser “testigos oculares” de Aparecida revivimos con en ellas “los ecos” de aquel acontecimiento de gracia.

México, D.F. a 20 de mayo de 2008.

Manuel Gómez Granados.

Director General del

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana

PRESENTACIÓN

El discípulo misionero de Aparecida tiene un marcado perfil espiritual... El mismo documento habla de una “espiritualidad trinitaria”, una “espiritualidad misionera”... Pero, la espiritualidad en Aparecida no sólo se concentra en los capítulos más explícitamente “espirituales”. Se extiende a través de todo el documento, que no puede entenderse sin una permanente referencia al Espíritu y a la vida que Él suscita en el creyente, al hacerlo discípulo y misionero.

Los tres grandes ejes del documento: el discipulado, la misión y la vida están “trabajados” por la acción del Espíritu, presente en el llamado, en el envío y en el compromiso. Se trata de una espiritualidad recia. Juan Pablo II, en *Novo Millennio Ineunte*, había descalificado con fuerza una espiritualidad “intimista e individualista”, por no tener en cuenta el realismo de la Encarnación y por malentender la esperanza escatológica del cristiano. Con una cita del Vaticano II, volvió el papa a expresar vigorosamente que la esperanza escatológica no ausenta al creyente de la construcción de este mundo; antes bien, le da nuevos motivos para un ineludible compromiso histórico.

El documento de Aparecida no sólo cita textualmente este texto del Papa, sino que, teniéndolo de fondo, perfila desde él una espiritualidad para el discípulo misionero fuertemente arraigada en el misterio de la Trinidad. Pero, desde la Trinidad, volcada al mundo con la fuerza misma del amor de Dios que “lo amó tanto que envió a su Hijo para que lo salvara”. El miedo de algunos de que Aparecida se “subiera por las nubes” no se cumplió.

En efecto, Aparecida entrelaza muy bien espiritualidad y compromiso. No las presenta como dos realidades paralelas. Las considera más bien como las dos caras de la misma medalla. Una espiritualidad que no termina en un serio compromiso con la historia y con los hombres y mujeres concretos, especialmente los más débiles y pobres, deriva en un estéril espiritualismo. Un compromiso que no hunde sus raíces en el amor de Dios “derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”, queda sin la

raíz de fe que lo alimenta, para poder llamarse y ser, en verdad, compromiso “cristiano”.

Esta doble dimensión de la espiritualidad está también en la urdimbre de estas 100 pistas del Camino de Aparecida. Su conjunto intenta perfilar la espiritualidad del discípulo misionero. En el fondo, hay una convicción: si, desde Aparecida, el creyente no renueva sus más hondas motivaciones creyentes, se quedará a medio camino de su ser discípulo; y, si no fortalece decididamente su “salida misionera”, habrá hecho oídos sordos al envío, y quedará a medio camino de su ser misionero.

Como reflexión personal sobre el perfil del evangelizador, estas 100 pistas no son nuevas. Con motivo del Jubileo del 2000, la Diócesis de Ciudad Real. España, de la que yo era entonces Vicario General, se había preparado, como el resto de la Iglesia, haciendo un sincero intento de “conversión pastoral”. Recogí en “100 pistas para el camino del evangelizador” los frutos de aquella reflexión en común. Más tarde, la Editorial Desclée De Brouwer las publicó en forma de libro, enriqueciéndolas con unas sugerentes viñetas de un gran amigo dibujante: Javier Prat. Su capacidad de comprender el sentido del mensaje, le hace perspicaz a la hora de plasmarlo en el dibujo.

La tarea pastoral que ahora desarrollo en América Latina (en esta bendita tierra de Guatemala), me ha hecho referirme con frecuencia a aquellas pistas. En ellas había plasmado “evidencias” muy queridas para mí, al pensar en los evangelizadores, y al pensarme a mí mismo en relación con el Evangelio creído y anunciado. Pensé cómo podría hacer para poder compartir aquellas reflexiones escritas con “mi gente” (¡apelativo de afecto, no de posesión!) de ahora. La distancia geográfica no había permitido, en estas tierras, un acceso popular a ninguna de las 7 ediciones que el libro tuvo en España. Desde que salió el Documento conclusivo de Aparecida, pensé que había llegado la ocasión de compartir por escrito lo que ya estaba compartiendo oralmente en el ámbito de mi propia parroquia, en el área periférica de la Zona 7 de Guatemala, en la parroquia de San Juan de la Cruz.

La acción del Espíritu es, en efecto, admirable. Los textos del Documento conclusivo con los que he enriquecido y ajustado cada una de aquellas 100 pistas (10 por cada uno de los 10 hitos de la espiritualidad del discípulo misionero) me parecían hechos a propósito. O, más bien, las pistas parecían escritas para comentario de estos textos. Un “entenderse cómplice” que es fruto de un Pentecostés siempre repetido.

He querido, pues, ofrecer a los creyentes latinoamericanos una reflexión muy querida para mí. Caminando ahora pastoralmente en Guatemala, siento Aparecida, al igual que todos los agentes de pastoral latinoamericanos y caribeños, como el “norte” de nuestro trabajo para los próximos años. Esto me llevó a ofrecer ya una “Guía para la lectura comunitaria del Documento”, publicada por Imdosoc (México). Ahora quiero ofrecer estas pistas, para esti-

mular una “espiritualidad pastoral” renovada en los discípulos misioneros de América Latina. Los lectores españoles (si alguno se anima a repetir) encontrarán como novedad la incorporación de textos y el “tinte” del documento de Aparecida, así como una nueva distribución de los apoyos metodológicos.

El estilo de cada una de las pistas es muy directo. Para no perder esa especie de “diálogo” que intento, incluso los textos de Aparecida los he puesto en segunda persona, como dirigidos directamente al discípulo misionero. Por esa razón, no he entrecomillado los textos del Documento; sólo los he puesto en letra cursiva, indicando su respectivo numeral.

Los dibujos son los mismos que Javier Prat hizo para las pistas del evangelizador. Gustaron mucho. A él le agradezco su aportación sugerente y de amena profundidad.

La cuestión era cómo y dónde publicar. ¿En América? ¿En España? Por agradecida cercanía y, lo confieso, porque no pareciera un plagio a mí mismo, envié los originales a Desclée De Brouwer. Estaba seguro de su aceptación y, por eso, les pedí una cosa: que al libro resultante le pusieran un “precio social” en América Latina. La petición fue generosamente acogida, y ellos han hecho posible que pueda compartir estas reflexiones con tanta gente amiga y cercana de América y del Caribe. ¡Ojalá que ayude a una lectura reflexiva y atenta! La intención es que a todos nos sirva para dibujar mejor nuestro perfil en la apasionante experiencia de discípulos misioneros en la sociedad latinoamericana y caribeña actual.

Guatemala, 24 de abril de 2008, fiesta del Santo Hermano Pedro

Pedro Jaramillo Rivas
Párroco de San Juan de la Cuz
Zona 7 GUATEMALA

PRESENTACIÓN

de la segunda edición

Me ha causado gran alegría la rapidez con la que se ha agotado la primera edición de Espiritualidad del discípulo misionero. 100 pistas del camino de Aparecida. Agradezco a los primeros lectores su acogida y su “complicidad”. Y les pido una disculpa, que explico:

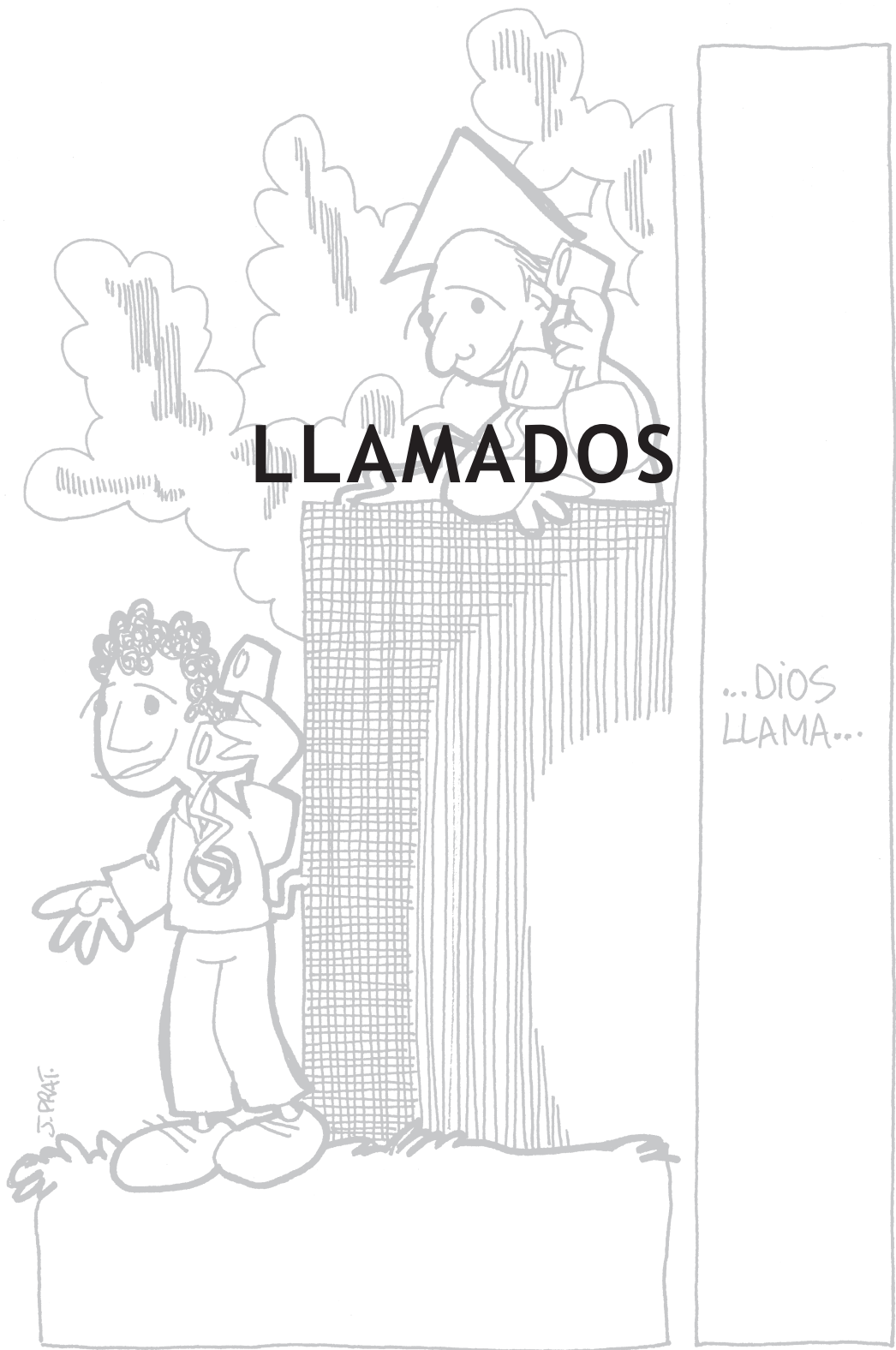
A medida que yo mismo he ido meditando en mis propias reflexiones (siempre con el Documento de Aparecida a mano) he descubierto nuevos puntos de la reflexión de los Obispos Latinoamericanos y del Caribe que podían enriquecer aún más algunas (bastantes) de las pistas. No me resistí a anotarlos. Y, ahora, en la segunda edición, los he incorporado. Enriquecen considerablemente la primera edición, aunque no la invalidan. Mil perdones, si alguien se decide a hacer un doble gasto.

Estoy utilizando estas 100 pistas para estimular el “tono espiritual” de los discípulos misioneros (en nuestra Parroquia de San Juan de la Cruz, les hemos llamado “discípulos misioneros parroquiales”, en vistas a la preparación de agentes para la Misión Continental). Para mí es una alegría ver cómo no sólo se entienden las pistas, sino que se saca de ellas la fuerza espiritual imprescindible, para hacer de Aparecida un auténtico y nuevo Pentecostés.

En el contexto pastoral y espiritual en el que nos movemos, desde Aparecida, me gustaría mucho mantener una relación más estrecha con los lectores. Les ofrezco mi e-mail, para que me envíen sus comentarios, sugerencias, preguntas: jar_pe@yahoo.es.

Guatemala, 16 de julio de 2008, fiesta de Nuestra Señora del Carmen.

Pedro Jaramillo Rivas



LLAMADOS

...DIOS
LLAMA...

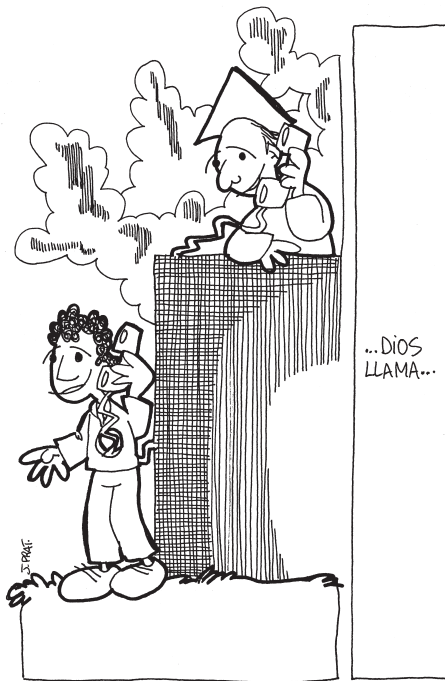
J. PRAT.

OBJETIVOS

1. Afianzar la conciencia de estar y trabajar en la Iglesia y desde la Iglesia no por casualidad o sólo por propia iniciativa, sino por “vocación”, por una llamada de Dios que nos llega normalmente a través de medios humanos.

2. Descubrir que tratamos un misterio, que acogemos y nos sobrepasa. Con nuestro trabajo pastoral secundamos una iniciativa que viene de Dios, y que tiene en el Espíritu su fuerza principal.

3. Estimular una serie de actitudes resultantes: cultivo de la propia vida de fe, de la experiencia personal de Dios, la vida sacramental, la oración, la coherencia entre la fe y la vida, la gratitud y la fidelidad...



1

llamada no es un título de honor; es una vocación de servicio. Recuerda que *no has elegido tú al Maestro, que fue Cristo quien te eligió...*, y que *no has sido convocado para algo, sino para Alguien* (nº 131). Vive esa relación personal en todo lo que haces por la causa del evangelio.

Para escuchar con sencillez el llamado debes tener un corazón disponible y encontrarte internamente “desarmado”: *en el Evangelio, aprende la lección de ser pobre, siguiendo a Jesús pobre y la de anunciar el Evangelio de la paz sin bolsa ni alforja, sin poner tu confianza en el dinero o en el poder de este mundo* (nº 31). Un corazón generoso y gratuito es el terreno más abonado para escuchar el llamado y para un encuentro con Él, con una finalidad: “estar con él” y participar de su envío y misión (cfr. Nº 131).

No eres discípulo misionero por tu propia cuenta. Un día, es verdad, te presentaste a tu parroquia y te ofreciste, o te enrolaste en un movimiento, en una asociación apostólica, o en una comunidad de base. Pero estabas respondiendo a una llamada. La misma llamada que hizo Jesús a sus apóstoles y discípulos para que fueran sus compañeros en el anuncio de la Buena Nueva a los hombres, especialmente a los más pobres.

Lo mismo que a ellos, *Jesús te invitó a encontrarte con Él, a que te vincules estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida y sólo Él tiene palabras de vida eterna* (nº 131). Aunque tú la hayas percibido por medios muy humanos, la llamada a ser discípulo misionero la has recibido de Dios. Dios te necesita. Dios nos necesita.

La semilla de la fe que recibiste en tu bautismo ha dado su fruto. Te has sentido “consagrado” al Señor y “exigido” por Él para anunciar a los hombres las maravillas de su salvación. Tu



2

que comparte contigo la misma vida que viene del Padre, y, como a discípulo, te pide una unión íntima con Él y obediencia a la Palabra del Padre, para producir en abundancia frutos de amor (nº 133).

Que tus tareas no te corten la vena de la admiración y la sorpresa. Si no eres capaz de asombrarte, caerás en la rutina. Si no adoras en lo más hondo la grandeza del misterio, te harás un buen propagandista. Pero lo sabes bien: evangelizar no es hacer publicidad. *Si no conoces a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se te convertirá en un enigma indescifrable. No hay camino. Y, al no haber camino, no hay vida ni verdad* (Discurso inaugural del Papa). Con todos los bautizados, *estás llamado a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza que tuvo su encuentro con los primeros discípulos (nº 549).*

Dios pone en tus manos el misterio de la salvación: su Hijo Jesús, entregado por todos los hombres, para abrir a todos el camino hacia el Padre. En Jesucristo, esa Iglesia en la que tú trabajas (tu parroquia, tu movimiento, tu asociación apostólica, tu comunidad...) queda asumida en el misterio de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No trabajas en una organización puramente humana, en una especie de club o de asociación cultural de tu pueblo o ciudad, ni siquiera en una ONG (Organización No Gubernamental), que es comprometida y que hace muchas cosas por los más necesitados. *Lo que te define es el amor recibido del Padre, gracias a Jesucristo, por la unción del Espíritu Santo (nº 14).*

Trabajando en la Iglesia llevas en tus manos un misterio, que debes acoger, profundizar y vivir. Acostúmbrate a admirar y contemplar el misterio que proclamas. Como discípulo misionero estás llamado a ser contemplativo. *Jesús te hace familiar suyo, por-*